



EL CASTILLO AMBULANTE

DIANA WYNNE
JONES

En el país de Ingary, donde existen cosas como las botas de siete leguas o las capas de invisibilidad, que una bruja te maldiga no es algo inusual. Cuando la Bruja del Páramo convierte a Sophie Hatter en una anciana, la joven abandona la sombrerería familiar para pedir ayuda en el único lugar mágico que se le ocurre: el castillo ambulante que atemoriza a los habitantes de Market Chipping. Pues dentro no sólo se halla un demonio del fuego, sino también el perverso mago Howl, tan diestro en realizar hechizos como en robar los corazones de las damas más ingenuas.

Índice de contenido

Cubierta

El castillo ambulante

Capítulo 1: En el que Sophie habla con sombreros

Capítulo 2: En el que Sophie se ve forzada a ir en busca de fortuna

Capítulo 3: En el que Sophie se une a un castillo y un acuerdo

Capítulo 4: En el que Sophie descubre varias cosas extrañas

Capítulo 5: En el que hay demasiada limpieza

Capítulo 6: En el que Howl expresa sus sentimientos con cieno verde

Capítulo 7: En el que un espantapájaros impide que Sophie se marche del castillo

Capítulo 8: En el que Sophie se marcha del castillo en varias direcciones al mismo tiempo

Capítulo 9: En el que Michael tiene problemas con un hechizo

Capítulo 10: En el que Calcifer le promete a Sophie una pista

Capítulo 11: En el que Howl va a un país extranjero en busca de un hechizo

Capítulo 12: En el que Sophie pasa a ser la madre de Howl

Capítulo 13: En el que Sophie mancha la reputación de Howl

Capítulo 14: En el que un mago real pilla un resfriado

Capítulo 15: En el que Howl va disfrazado a un funeral

Capítulo 16: En el que hay un montón de brujería

Capítulo 17: En el que el castillo ambulante deambula hacia una nueva casa

Capítulo 18: En el que reaparecen el espantapájaros y la señorita Angorian

Capítulo 19: En el que Sophie expresa sus sentimientos con herbicida

Capítulo 20: En el que Sophie se topa con más dificultades al marcharse del castillo

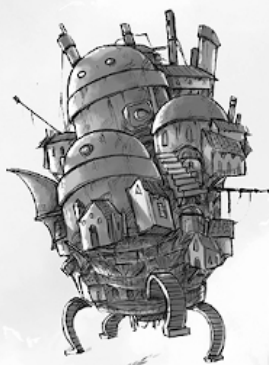
Capítulo 21: En el que un contrato concluye ante testigos

Entrevista a Diana Wynne Jones

Acerca de la autora

Notas

*Dedicado a Stephen.
La idea de este libro me la sugirió un
niño en un colegio que había ido a visitar, quien
me pidió que escribiera un libro titulado
El castillo ambulante.
Anoté su nombre y lo guardé en un lugar
tan seguro que no he sido capaz de encontrarlo.
Me gustaría darle las gracias.*



Capítulo 1

En el que Sophie habla con los sombreros

En el país de Ingary, donde existen cosas como las botas de siete leguas o las capas de invisibilidad, ser el mayor de tres hermanos es bastante desafortunado. Todo el mundo sabe que serás el primero en fracasar, y de la peor manera, si los tres vais en busca de fortuna.

Sophie Hatter era la mayor de tres hermanas. Ni siquiera era la hija de un carpintero pobre, cosa que podría haberle concedido cierta posibilidad de éxito. Sus padres eran personas acomodadas y poseían una sombrerería femenina en la próspera ciudad de Market Chipping. Bien es verdad que su madre murió cuando Sophie tenía cuatro años y su hermana Lettie, uno, y su padre se casó con la dependienta más joven de la tienda, una chica rubia muy guapa que se llamaba Fanny. Poco después, Fanny dio a luz a la tercera hermana, Martha. Eso debería haber convertido a Sophie y Lettie en las hermanastras feas, pero en realidad las tres jóvenes embellecieron al crecer, aunque todo el mundo decía que Lettie era la más hermosa. Fanny trataba a las tres con el mismo cariño y no privilegiaba a Martha en modo alguno.

El señor Hatter estaba orgulloso de sus tres hijas y las envió al mejor colegio de la ciudad. Sophie era la más estudiosa: leía mucho, y pronto se dio cuenta de las pocas perspectivas que tenía de un futuro interesante. Eso le supuso una decepción, aunque siguió sintiéndose satisfecha al cuidar de sus hermanas y preparar a Martha para cuando le llegara el momento de ir a buscar fortuna. Como Fanny siempre estaba ocupada en la tienda, Sophie era quien se encargaba de cuidar a las pequeñas. Entre esos se producía una cantidad considerable de gritos y tirones de pelo. Lettie no se resignaba en absoluto a ser la que, después de Sophie, estuviera destinada a tener menos éxito.

—¡No es justo! —gritaba—. ¿Por qué tiene Martha que llevarse lo mejor simplemente por ser la más joven? ¡Yo me casaré con un príncipe, para que os enteréis!

A lo que Martha siempre replicaba que ella sería asquerosamente rica sin necesidad de casarse con nadie.

Entonces Sophie tenía que separarlas y arreglarles la ropa. Era muy hábil con la aguja. Con el tiempo, pasó a coserles ella misma las prendas. A Lettie le hizo un vestido rosa oscuro, en la fiesta del primer día de mayo anterior al comienzo de esta historia, que Fanny dijo que parecía salido de la tienda más lujosa de Kingsbury.

Fue por esa época cuando todo el mundo volvió a hablar de la Bruja del Páramo. Se rumoreaba que había amenazado la vida de la hija del rey y que este había ordenado a su hechicero personal, el mago Suliman, que fuese al Páramo y se encargara de la bruja. Y, por lo visto, el mago Suliman no sólo había fallado al encargarse de la bruja: ella lo había matado.

Así que cuando, unos meses después, apareció en las colinas que se recortaban sobre Market Chipping un castillo negro y alargado, despidiendo nubes de humo negro por sus cuatro altas y estrechas torrecillas, a nadie le cupo duda de que la bruja había salido nuevamente del Páramo

y estaba a punto de aterrorizar al país, tal como había hecho cincuenta años atrás. Desde luego, la gente se asustó mucho. Nadie salía solo, en especial de noche. Lo que más miedo daba era que el castillo no permanecía quieto en un sitio. A veces era una mancha negra y alta en los páramos del noroeste, a veces se alzaba sobre los peñascos al este y a veces descendía por la colina para situarse en el brezal, un poco más allá de la última granja al norte. Incluso a veces era posible ver cómo se movía, con las torres expulsando humo en bocanadas de un gris sucio. Durante un tiempo, todo el mundo se convenció de que el castillo no tardaría en bajar al valle, y el alcalde mencionó la posibilidad de pedir ayuda al rey.

Pero el castillo siguió deambulando por las colinas y se descubrió que no pertenecía a la bruja, sino al mago Howl. Y con el mago Howl ya tenían suficiente. Aunque no parecía desear salir de las colinas, se lo conocía por entretenerse coleccionando jovencitas para absorberles el alma. Algunos decían que se comía su corazón. A Sophie, Lettie y Martha, al igual que a todas las demás chicas de Market Chipping, se les advertía que no salieran solas de casa, lo que les resultaba un gran fastidio. Se preguntaban para qué utilizaría el mago Howl todas las almas que recolectaba.

Sin embargo, pronto tuvieron otras preocupaciones, pues el señor Hatter murió de improviso justo cuando Sophie llegó a la edad suficiente para dejar el colegio. Entonces se demostró que el señor Hatter había estado verdaderamente demasiado orgulloso de sus hijas: las cuotas escolares que había ido pagando habían sumido la tienda en deudas considerables. Cuando terminó el funeral, Fanny tomó asiento en el salón de la casa colindante con la tienda y explicó la situación.

—Me temo que las tres deberéis abandonar el colegio —dijo—. He estado haciendo cuentas de todo tipo, y lo único que se me ocurre para seguir con el negocio y ocupar-

me de vosotras es colocaros de aprendizas en algún sitio prometedor. No sería práctico teneros a las tres en la tienda, no puedo permitírmelo. Por tanto, esto es lo que he decidido. Primero Lettie...

Lettie alzó la vista, resplandeciente de salud y belleza que ni siquiera la pena ni la ropa de luto podían ocultar.

–Quiero seguir aprendiendo –musitó.

–Y así será, cariño –respondió Fanny–. Lo he organizado para que seas aprendiz de Cesari, el pastelero de Market Square. Allí tienen fama de tratar a sus novicios como a reyes y reinas, y deberías ser muy feliz, además de aprender un oficio útil. La señora Cesari es una buena clienta y una buena amiga, y ha aceptado hacerte un hueco a modo de favor.

Lettie se rio de una forma que dejaba claro que no estaba contenta ni por asomo.

–Vaya, gracias –contestó–. ¿No es una suerte que me guste cocinar?

Fanny pareció aliviada. En ocasiones, Lettie podía llegar a ser desagradablemente tenaz.

–Y tú, Martha –continuó–, sé que eres demasiado joven para trabajar, así que he pensado en algo que te aporte un aprendizaje duradero y tranquilo, y que te siga siendo útil para lo que decidas hacer después. ¿Conoces a mi vieja amiga del colegio Annabel Fairfax?

Martha, que era esbelta y rubia, fijó sus grandes ojos grises en Fanny con una tenacidad casi equiparable a la de Lettie.

–Te refieres a la que habla mucho –dijo–. ¿No es una bruja?

–Sí, con una casa bonita y clientes por todo el valle Folding –aseguró Fanny con vehemencia–. Es una buena mujer, Martha. Te enseñará todo lo que sabe y es muy probable que te presente a las personas distinguidas que conoce en Kingsbury. Estarás preparada para la vida cuando termine contigo.

–Es una señora agradable –concedió Martha–. De acuerdo.

Mientras escuchaba, Sophie sintió que Fanny lo había dispuesto todo tal y como debía ser. Lettie, al ser la segunda hija, nunca había sido probable que llegara muy lejos, por lo que Fanny la había colocado donde podría conocer a un aprendiz joven y guapo, y vivir feliz por siempre jamás. Martha, que estaba destinada a destacar y hacer fortuna, dispondría de hechizos y amigos ricos que la ayudarían. Y en cuento a ella misma, a Sophie no le cabía duda de lo que le aguardaba. No le sorprendió cuando Fanny dijo:

–Y en tu caso, Sophie, querida, creo que lo más apropiado y justo es que tomes las riendas de la sombrerería cuando me retire, dado que eres la mayor. En consecuencia, he decidido tomarte de aprendiz para que tengas la oportunidad de familiarizarte con el negocio. ¿Qué te parece?

Sophie, que no podía decir que lo único que sentía por el comercio de los sombreros era resignación, le dio las gracias con verdadera gratitud.

–Entonces, ¡todo resuelto! –exclamó Fanny.

Al día siguiente, Sophie ayudó a Martha a meter la ropa en una caja, y la mañana del día después todas contemplaron cómo se alejaba en el carruaje, donde se la veía pequeña y muy erguida y nerviosa. El camino hacia Upper Folding, donde vivía la señora Fairfax, se extendía por las colinas más allá del castillo ambulante de Howl y, comprensiblemente, Martha tenía miedo.

–Estará bien –dijo Lettie.

Luego rechazó su ayuda para hacer la maleta. Cuando el carruaje se perdió de vista, Lettie embutió todas sus pertenencias en la funda de una almohada y pagó seis peniques al chico de los recados del vecino para que cargara con ellas en una carretilla hasta la tienda de Cesari en Market Square.

Al emprender la marcha tras la carretilla, su aspecto era mucho más alegre de lo que Sophie se esperaba. De hecho, parecía ir sacudiéndose el polvo de la sombrerería con cada paso que daba.

El chico de los recados trajo de vuelta una nota garabateada de Lettie en la que explicaba que ya había colocado sus cosas en el dormitorio de las chicas y que la tienda de Cesari parecía un sitio divertido. Una semana después, el cochero del carruaje vino con una carta de Martha en la que les informaba de que había llegado bien y la señora Fairfax era «un encanto y usa miel para todo. Tiene abejas». Eso fue todo lo que Sophie supo de sus hermanas por un tiempo, pues su aprendizaje comenzó el mismo día que Martha y Lettie se fueron.

Por supuesto, Sophie ya conocía bien el comercio de los sombreros. Desde niña había estado entrando y saliendo del amplio taller al otro lado del patio, donde los sombreros se humedecían y moldeaban, y se hacían flores, fruta y otros adornos encerados y de seda. Conocía a los trabajadores de allí. La mayor parte de ellos ya se hallaba ahí cuando su padre era un muchacho. Conocía a Bessie, la única dependienta que quedaba. Conocía a las clientas que compraban los sombreros y al hombre que conducía el carro en el que traían del campo sombreros de paja para darles forma con los moldes del taller. Conocía a los demás proveedores y sabía cómo se hacía el fieltro para los sombreros de invierno. No había mucho que Fanny pudiera enseñarle, excepto quizá la mejor forma de conseguir que una clienta comprara un sombrero.

—Guíalas hasta el sombrero adecuado, cariño —le recomendó Fanny—. Primero enséñales los que no les vayan a sentar bien para que vean la diferencia nada más ponerse el adecuado.

En realidad, Sophie no vendió muchos sombreros. Al cabo de un día, más o menos, prestando atención en el taller y otro día dando una vuelta con Fanny para visitar a los

mercaderes de telas y seda, Fanny la puso a decorar sombreros. Sophie se sentaba en una pequeña alcoba de la trastienda y cosía rosas en los tocados y velos sobre el velvetón, alineándolos con seda y distribuyendo frutas encerradas y cintas por el exterior como dictaba la moda. Eso se le daba bien. Disfrutaba haciéndolo. Aun así, se sentía sola y un tanto aburrida. Los trabajadores del taller eran demasiado mayores para que su compañía fuera divertida y, además, la trataban como a alguien distinto que algún día heredaría el negocio. Bessie también la trataba así. En cualquier caso, de lo único que hablaba Bessie era del granjero con el que se iba a casar la semana siguiente a la fiesta de mayo. Sophie envidiaba bastante a Fanny, que podía salir a comerciar con el mercader de seda siempre que le apetecía.

Lo más interesante eran las conversaciones de las clientas. Nadie puede comprar un sombrero sin cotillear. Sentada en su alcoba, Sophie cosía y se enteraba de que el alcalde nunca quería comer verduras y de que el castillo del mago Howl había vuelto a deambular por las colinas: en serio, ese hombre..., susurro, susurro, susurro. Las voces siempre bajaban cuando salía a colación el mago Howl, pero Sophie dedujo que había atrapado a una chica el mes pasado. «¡Barba Azul!», dijo uno de los susurros, y luego todos volvieron a convertirse en voces para afirmar que Jane Farrier iba muy ridícula con el peinado que llevaba. Esa sí que nunca atraería al mago Howl, por no hablar ya de un hombre respetable. Luego se produjo un susurro breve y temeroso sobre la Bruja del Páramo. Sophie empezaba a pensar que el mago Howl y la Bruja del Páramo deberían acabar juntos.

–Parecen hechos el uno para el otro. Alguien debería concertar el matrimonio –le dijo al sombrero que estaba cosiendo en ese momento.

Pero a finales de mes todos los cotilleos de la tienda giraron de repente en torno a Lettie. Al parecer, la tienda de

Cesari estaba atestada de caballeros de la mañana a la noche, cada uno de ellos comprando grandes cantidades de pasteles y exigiendo que le atendiera Lettie. Para entonces ya acumulaba diez propuestas de matrimonio, cuyo rango iba desde el hijo del alcalde hasta el muchacho que barría la calle, y las había rechazado todas con el pretexto de que aún era demasiado joven para decidirse.

—A eso lo llamo yo ser sensata —le dijo Sophie al tocado que estaba adornando con seda plisada.

A Fanny le complació la noticia.

—¡Sabía que le iría bien! —exclamó con alegría. Entonces Sophie se percató de que a Fanny le alegraba que Lettie no siguiera allí.

—Lettie es inconveniente para la clientela —le dijo al tocado mientras plisaba la seda color champiñón—. Sería capaz de conseguir que incluso un sombrero pasado de moda como tú pareciera sofisticado. Algunas señoras ven a Lettie y pierden las esperanzas.

Con el paso de las semanas, Sophie se dedicó a hablar más y más con los sombreros. Tampoco es que hubiera casi nadie más con quien hablar. La mayor parte del día, Fanny estaba fuera comerciando o intentado atraer a la clientela y Bessie estaba ocupada atendiendo e informando a todo el mundo de sus planes nupciales. Sophie había adquirido la costumbre de colocar cada sombrero, nada más terminarlo, en su correspondiente perchero, donde se quedaba con pinta de ser una cabeza sin cuerpo, y hacía una pausa mientras le explicaba al sombrero cómo debería ser su cuerpo. También adulaba un poco a los sombreros, porque siempre se debe adular a los clientes.

—Tú tienes un encanto misterioso —le dijo a uno cubierto por un velo con algunos brillos. Y a otro ancho, de color crema y con rosas por la parte inferior del ala, le soltó—: ¡Tú vas a casarte por dinero! —Y a uno de paja, de color verde oruga y con una pluma rizada—: Tú eres tan joven como una hoja primaveral.

A los tocados rosas les decía que tenían un encanto de hoyuelos y a los sombreros elegantes, ribeteados de terciopelo, les decía que eran ingeniosos.

–Tienes un corazón de oro, y alguien de alto rango lo verá y se enamorará de ti –le dijo al tocado champiñón con partes plisadas, pues ese en concreto le daba pena. Parecía muy quisquilloso y corriente.

Jane Farrier entró en la tienda al día siguiente y lo compró. En efecto, llevaba un peinado un poco raro, pensó Sophie al echar un vistazo desde la alcoba, como si se lo hubiera enrollado en una fila de atizadores. Era una lástima que hubiese escogido ese tocado. Aunque últimamente todo el mundo parecía querer comprar sombreros. Tal vez se debiera a cómo lo promocionaba Fanny al charlar con la gente o tal vez a que se acercaba la primavera, pero no cabía duda de que el negocio se estaba recuperando.

–Creo que no debería haberme dado tanta prisa en mandar a Martha y Lettie lejos de aquí –empezó a decir a Fanny con cierta culpabilidad–. A este ritmo nos las hubiéramos apañado.

Había tanta clientela para cuando abril se aproximaba a la fiesta del primer día de mayo que Sophie tuvo que ponerse un modesto vestido gris e ir también a ayudar en la tienda. Pero tanta era la demanda que se esforzaba por adornar a conciencia los sombreros en los huecos que le quedaban entre las clientas, y al atardecer se los llevaba a la casa, en la puerta de al lado, donde trabajaba a la luz de una lámpara hasta bien entrada la noche para terminar los sombreros y poder venderlos al día siguiente. Los sombreros verde oruga, como el que llevaba la mujer del alcalde, estaban especialmente solicitados, así como los tocados rosas. Y un día, la semana anterior al primer día de mayo, vino alguien pidiendo uno color champiñón con partes plisadas como el que Jane Farrier llevaba cuando se fugó con el conde de Catterack.